

INFLUJO DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR ESPAÑOLA EN AMERICA

por José Dammert Bellido, Obispo de Cajamarca

La evangelización del continente latino-americano fue obra de los misioneros regulares (franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios, a los que se agregó en la segunda mitad del siglo XVI la Compañía de Jesús). Fue una acción que transformó considerablemente la vida religiosa del nuevo mundo, y la actividad de los discípulos de la Universidad de Salamanca y de los jesuítas de la generación post-tridentina fue excepcional.

En pocos años se cristianizó a las Indias dentro de la Iglesia Católica. La influencia de las grandes corrientes teológicas reinantes en España cristalizó en los grandes concilios limenses, sobre todo los tres primeros, en la misionología del P. Acosta s.j., y en los directorios para la cura de almas emanados de los obispos, como fray Juan de la Peña, obispo de Quito.

Es indiscutible que la predicación de las doctrinas católicas y la disciplina eclesiástica de la Reforma Católica edificó la Iglesia en el nuevo mundo.

Cabe anotar, sin embargo, que los insignes misioneros no fueron muy numerosos, por lo que su acción no pudo ser profunda al no detenerse largos años en los pequeños pueblos y porque, a pesar de las reiteradas órdenes reales y conciliares no todos conocían las lenguas indígenas; todo esto produjo a principios del siglo XVII un brote de las antiguas idolatrías que causó gran alarma y una severa represión.

Ultimamente se ha intensificado el estudio de la religiosidad popular en los sectores indígenas y se descubre bajo el manto del ritual católico supervivencias de cultos ancestrales prehispánicos. Considero que esta investigación es insuficiente y que debe extenderse a la religiosidad popular reinante en España en los siglos XVI y XVII, porque los grandes teólogos y los insignes misioneros, lo mismo que los notables padres conciliares no estuvieron en permanente contacto directo con el pueblo menudo, sino que fijaron las grandes líneas pastorales.

Los indígenas recibían el influjo cotidiano de los conquistadores, grandes y pequeños, de los aventureros que llegaron demasiado tarde, de los co-

mercantes que los engañaban con sus baratijas. de los enclavados reales de última categoría, y también de clérigos y frailes de pobre cultura. Todas estas personas, además de las mujeres españolas que vinieron a las Indias, carecían de los conocimientos teológicos de quienes modelaron la estructura eclesial en Hispanoamérica. Ellas tenían la religiosidad popular de quienes no poseían elevada instrucción religiosa: fueron sus creencias y costumbres que transmitieron a los indígenas, lo mismo que sus concepciones vitales de la moralidad. Por ejemplo Hernando Pizarro en Pachacamac "les señaló por armas para que se pudiesen defender del diablo, la señal de la cruz" (Los Cronistas 87).

Nadie dudaba de la enseñanza oficial de la Iglesia, y todos se sometían a ella con agrado, pero el pueblo menudo conservaba tradiciones medievales, creencias inexactas —aunque en el fondo conforme con el dogma católico—, costumbres morales dudosas. Esta imagen del cristianismo popular es diariamente observada por los indígenas y los acompaña en su cotidiano quehacer; reciben por ósmosis el catolicismo popular y luego lo adecúan a su propia concepción para desembocar en lo que se llama ahora el catolicismo de las masas populares.

Hasta ahora se ha estudiado con preocupación lo que se ordenó enseñar a los nuevos cristianos y la disciplina eclesiástica que les sujetaba; más falta examinar lo que efectivamente captaron los auditores, no sólo por la dificultad lingüística señalada, sino por los conceptos totalmente ajenos a su mentalidad y a la capacidad de entender lo que se les proponía. Este desnivel entre la grandeza de la enseñanza y la positiva capacidad de entendimiento creo que fue muy grave; lo que más se obtuvo, en muchas ocasiones, fue el aprendizaje memorístico pero no inteligente. De ahí que por mimetismo realizaran lo que veían hacer a los cristianos que vivían en medio de ellos, más bien que poner en práctica las enseñanzas predicadas desde los púlpitos, que tampoco eran instrucciones catequéticas, sino narración de extraordinarias acciones y milagros de los santos patronos.

Considero que urge un estudio a fondo de la religiosidad popular española en los siglos XVI y XVII para comprender algo del actual catolicismo popular latino-americano, y que este aspecto ha sido descuidado en las recientes investigaciones.

Hace años que me preocupa el tema y no he encontrado una obra dedicada expresamente a él. A continuación delinearé algunos puntos que he recogido de diversas lecturas, que no son numerosas. Los clásicos que dibujan el ambiente popular, como Cervantes en las "Novelas ejemplares" o las novelas picarescas proporcionan algunos datos, lo mismo que estudios serios sobre personajes contemporáneos, tales "El Conde-duque de Olivares" del erudito profesor Gregorio Marañón, y "El Arzobispo Carranza y su tiempo" del cuidadoso y esforzado historiador Tellechea Idígoras.

El capítulo dedicado a la "Religiosidad popular" en la "Introducción al siglo de oro" de Ludwig Pfandl no es muy rico, pero señala algunas pistas, lo mismo que los capítulos de Huizinga, Lortz y von Boehn, aunque dedicados a los países bajos, Alemania y Francia, contienen indicaciones notables que por ser comunes al catolicismo popular europeo pueden extenderse a la situación española, y los utilizó a falta de investigaciones especializadas sobre España.

Sería muy oportuno que entre nuestros historiadores y expertos conocedores de las crónicas y otros documentos de la conquista y años posteriores, se estudiase la actitud religiosa de los soldados. Menciono sólo la solemnidad exterior que rodeó el funeral de Atahualpa en Cajamarca y la impresión causada en los indios: entre ellos persiste la solicitud por misas solemnes por sus difuntos sin que hayan entendido el valor del santo sacrificio y menos la participación en la eucaristía. (Los Cronistas 105, 122).

AMBIENTE DE ORIGEN

Las frases con que concluye la "Vida del Buscón" resume la mentalidad existente en la península: "...determiné... de pasarme a Indias... a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres". La oportuna reflexión de don Francisco de Quevedo estaba basada en larga experiencia, como aconteció con el hijo bastardo del conde-duque "que estuvo en las Indias, lo cual demuestra o que el padre, por su mala conducta le quiso alejar, o que él se fue llevado de su espíritu de rebeldía" (Marañón 281-2). En cambio el Conde de Monterrey, fue "grande caballero, ministro y santo, pues habiendo sido Virrey de Nueva España y del Perú, cuando murió en Lima fue necesario que la Audiencia le enterrase de limosna, porque las que él había dado le pusieron en aquel estado "según el testimonio de un contemporáneo" (id. 257).

El ambiente religioso en que vivían se sintetiza en la frase que se repite continuamente en los "Naufragios" de Cabeza de Vaca: "y nosotros dimos muchas gracias a Dios Nuestro Señor porque nunca nos faltaba su remedio", y que también se halla en "La Florida del Inca" de Garcilaso. La confianza en Dios es plena en medio de las aventuras que acometen e invocan a "Nuestra Señora y al apóstol Santiago" continuamente en su lides (Los Cronistas 149, 222, 316).

Ese suelo cristiano estaba erizado de pasiones brutales, de costumbres rudas, de venganzas y violencias, que no eran exclusivas de España (Pfandl 173-5; Marañón 89, 218, 254), sino comunes a la Europa contemporánea. Los testimonios son expresivos. "Los salteadores de caminos y los malhechores se

reclutaban preferentemente de entre la nobleza, no sólo de la baja categoría, sino de la más elevada alcurnia, y de aquí vino el decir que "el asesinato y el robo no debían ser un oprobio cuando los cometían los nobles del país" (Boehn II 21). "El último en salir de la ciudad de Augsburgo fue el emperador Carlos V, —dice la Crónica de Zimmer—, cuando trajo acá la sucia hueste de sus españoles, desprovistos de toda educación ciudadana y que tantos desmanes cometieron en Alemania, así como en los demás sitios donde permanecieron, siquiera fuese por muy breve tiempo". . . Pero la verdad es que los lansquenets alemanas no observaban mejor conducta" (id. 33).

"Las formas sociales y los modales de aquel siglo (XVII), de crónica fiebre bélica, corresponden a la grosería soldadesca y son de desconcertante rudeza. El duque de Epernon y el mariscal de Vitry apalearon juntos al arzobispo de Burdeos; el duque de Orleans dio al cardenal Richelieu dos bofetadas en su propio palacio; maridos ilustres como el elector Carlos Luis del Palatinado y el elector Jorge Luis de Hannover solían resolver sus discusiones con sus esposas abofeteándolas en plena mesa" (id. III 175).

"Como castigos de menor cuantía era moneda corriente sacar los ojos al reo, marcarle con un hierro candente, darle de latigazos, amputar la nariz o las orejas y cortarle los pies o las manos. A los condenados a muerte se les solía ejecutar a fuego lento, en la rueda, cociéndolos con agua, o con aceite hirviendo, descuartizándolos o empalándolos. También se les enterraba vivos o emparedándolos. Semejantes tormentos, cuya gradación sistematizó Carlos V en sus leyes, no lograron evitar cuantas especies delictivas puede idear una imaginación depravada" (id. II 233).

Tampoco la moral respondía a las creencias católicas, pues aunque había arrepentimientos, la vida sexual de reyes, como Felipe IV, nobles y plebeyos, era muy ajena a las normas evangélicas. Los testimonios españoles y europeos son generales; baste recordar las novelas picarescas y aún las mismas "novelas ejemplares" de Cervantes al lado de los sucesos históricos: "ni la urbanidad ni las buenas maneras eran modelos de delicadeza y recato, antes bien, según aseguran las crónicas, todas las poblaciones eran centros de corrupción e impudicia" (id. 222-3; 238-42). El desenfreno sexual era impetuoso como lo señalan los historiadores y no es menester reproducir su documentación (Marañón 31, 168-9, 212-8, 238; Pfandl 58, 127-31, 170-3, 211-2, 224-5).

"Las Carnestolendas. . . constituían una fiesta continuada de tres días con carácter popular y callejero. Los enmascarados y la gente alegre de ambos sexos se permitían en esos días toda suerte de desmanes y ruidosas exhibiciones. . . ; en una palabra, se convertía la fiesta en algo que era coeficiente y expresión típica de la rudeza y desenfreno, que estaban en abierta pugna, por otra parte, con el ímpetu afervorado de la religiosidad, entonces imperante" (Pfandl 241-2).

La violencia reinante se extendía al castigo de los herejes. Cuando se descubren en Valladolid los primeros luteranos comenta un estudioso: "Si el César (Carlos V) perdía la medida y la paciencia, fácil es adivinar el estado de ánimo del pueblo. La indignación masiva, sin necesidad de extraños espoliques, naturalmente desemboca en violencias y en sangre. Mientras el pueblo exigía hogueras, el inquisidor procedía con mayor lentitud a fin de descubrir las cabezas y raíces del mal. Hervían las cárceles de presos, interrogaban incansablemente los inquisidores, y los notarios y escribanos apilaban innumerables legajos, que son hoy día fuente incomparable de noticias y termómetro de un clima incandescente" (Tellechea II 234). En los países protestantes la situación era semejante: "Opinar de distinto modo que un predicador era una herejía, no saludarle, un delito grave que traía consigo la penitencia pública, la marca con hierro candente y los azotes, cuando no otros castigos más infamantes, como el de afeitar un lado de la cabeza... En las nuevas confesiones, que se decían fundadas para que prevaleciera el amor, solo había lugar para el odio. Con razón pudo preguntarse entonces algún celoso observador, al presenciar el encono con que se combatían los adeptos de las nuevas sectas que cada día surgían en Alemania, en cuál de ellas habría ido a esconderse el verdadero espíritu evangélico" (Boehn III 30-1).

Al lado de esta severidad por la ortodoxia era moneda corriente la **superstición** bajo diferentes aspectos, en el Perú fueron notorias las aficiones nigrománticas del virrey conde de Nieva, que las trajo de España, en la cual también se tenían como señalan los autores (Pfandl 166-70; Marañón 185-6). "Las ideas supersticiosas sobre la eficacia de ciertos amuletos especialmente buenos contra el embrujamiento y que "por el mero contacto aseguran contra el incendio, el naufragio, las tormentas y los pedriscos" están ampliamente difundidas. Y la propagación de la antigua superstición todavía semipagana que creía en toda clase de fuerzas naturales y climatológicas personificadas en el campo, en las plantas y en los animales, o en las más diversas fuerzas mágicas (por ejemplo, contra la enfermedad en los hombres y en los animales, contra el embrujo de amor), la locura de las brujas... y después el terrible hecho de los procesos contra las brujas: todo esto tuvo que hacer también vibrar irregularmente la constitución anímica, notablemente más robusta, de nuestros antepasados" (Lortz I 119).

Dentro de este ambiente, con diversos matices, nacieron, vivieron y murieron quienes vinieron a América y pertenecieron al pequeño mundo de los pobres hijodalgos, de los aventureros e inclusive de los condenados por algún delito, al "destierro a las Indias"; esa fue la ideología que trajeron de la península ibérica y transmitieron con su manera de vivir a los neoconversos indígenas (cfr. Huizinga 251-2; 276-8).

RELIGIOSIDAD POPULAR

"La vida religiosa ordinaria se reducía al cumplimiento fiel o a la observancia rígida de los mandamientos. Deberes ordinarios e inexcusables de todo cristiano español eran la asistencia a la Santa Misa, recepción de los Sacramentos, santificación de los días festivos y la práctica del ayuno todos los viernes del año... En casa del noble Alonso Quijano no había más que un plato de lentejas por toda refección en los días viernes; y hasta en aquella desmantelada venta en la cual fue armado Don Quijote caballero, se observaban los días de ayuno no comiendo sino bacalao" (Pfandl 146).

"Rasgo característico de la época fue también la fe religiosa; profunda y pura en muchos, pero en otros deformada por la represión oficial... La devoción externa era, en general, mucho mayor que la profundidad del sentimiento religioso. Era dolencia general, es cierto, y no sólo en España" (Marañón 211).

"La preocupación de la Iglesia por la **educación religiosa** del pueblo era considerable. La mayor parte del año, con sus cien domingos y días de fiesta y sus 160 días de ayuno y abstinencia, estaba de modo especial bajo las exhortaciones de la Iglesia. El verdadero fomento de la piedad popular seguía ocurriendo, naturalmente, por medio de la formación intuitiva de la vida diaria: en la misa, en la administración de los sacramentos (últimos sacramentos), bendiciones, procesiones, imágenes y costumbres piadosas. La instrucción inmediata era intentada y lograda por medio de las instrucciones para la confesión y de algún modo a través de la escuela, pero, sobre todo, por la oración en común: Padrenuestro, Avemaría, Credo y Yo Pecador, Diez Mandamientos. Las representaciones plásticas de las verdades religiosas eran el principal medio doctrinal" (Lortz I 114).

"En lo tocante a la **piedad española**, como manifestativa de sus creencias y de su vida interior, encuentro dos caracteres marcadísimos e inconfundibles: el convencimiento y el fervor. La moral es ligera —si se quiere—, el amor al prójimo fluctúa fácilmente; la pasión rige y gobierna a sus anchas; pero la creencia en los premios y castigos de la otra vida es firme como la roca; ilimitada e intangible la confianza en el valor y eficacia de los últimos Sacramentos de que deben aplicarse en conciencia, no sólo al adversario que cae herido de muerte en el lugar del duelo, sino también al que cae sorprendido y víctima de su propia traición y crimen, como es ciega su fe en la virtud expiatoria de las misas, que no suelen faltar en ningún testamento y que en gran profusión se aplican a las almas del purgatorio" (Pfandl 161-2).

"Sin embargo, es importantísimo que gran parte de estas generaciones anteriores a la Reforma es cristiana y eclesíástica, y vive como tal, sobre todo por costumbre, y por una costumbre que se agota casi totalmente en la pía-

dosa observancia de los preceptos externos sin conocer la riqueza interior ni vivir de ella... No creo que en esto pueda verse exclusivamente una ventaja para la vida cristiana del pueblo. Es ley general de la vida, incluso en lo religioso, que la mera posesión sin incremento de lo poseído significa atrofia de las fuerzas. El proceso permanece oculto durante largo tiempo. El descubrimiento revela la pérdida. En la actualidad lo experimentamos suficientemente" (Lortz I 127; Pfandl 159-61).

La presentación general de la religiosidad popular española tiene como finalidad demostrar la fundamentación cristiana de sus vivencias, para luego pasar a indicar algunos casos concretos del influjo producido por ella en los habitantes de las Indias. Las afirmaciones de los diversos autores mencionados, y de los textos reproducidos, nos señalan el clima religioso en que se formaron los que pasaron a Indias.

Los casos concretos que comento a continuación expresan el origen de muchas actitudes y costumbres religiosas que todavía subsisten en nuestro medio, y algunas descripciones parecen tomadas de la realidad actual. El influjo vivencial de dichas costumbres y actitudes ha sido mucho más vigoroso que la instrucción religiosa impartida por los misioneros en sus sacrificados recorridos por las extensas fragosidades del continente.

CULTO A LOS SANTOS Y A LAS IMAGENES

Esta nota característica de la religiosidad popular latino-americana ha sido heredada directamente de España. "Era el Valido (Olivares) muy devoto, como buen español, de las imágenes y advocaciones de santos y de la Virgen, sobre todo de la de Guadalupe... quizá la que más apreció en toda su vida. Las noticias agradables de los ejércitos provocaban en el ministro grandes actos de devoción a los cultos de su preferencia; y así leemos que fue a visitar las milagrosas imágenes de N. S. de Monserrat, Atocha, Almudena, Buen Suceso y parroquia de Santiago..." (Marañón 171; cfr. Pfandl 149-52, 223-48; Lortz I 115; Huizinga 258-71).

El pícaro Estebanillo González al llegar a Zaragoza narra: "fui un día a su abundante plaza del Pilar, adonde el patrón de las Españas dejó a la que, siendo emperatriz del cielo, es defensora de aquel reino. Y después de haber hecho oración en su templo angelical..." (capítulo XII).

"La ilustre fregona" de Cervantes "cuando salió de la sala se persignó y santiguó, y con mucha devoción y sosiego hizo una profunda reverencia a una imagen a Nuestra Señora que en una de las paredes del patio estaba colgada".

La vieja Pipota entró a la casa de Monipodio "y sin decir nada se fue a la sala; y habiendo tomado agua bendita, con grandísima devoción se

puso de rodillas ante la imagen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla" (Rinconete y Cortadillo).

Estas descripciones de oraciones ante las imágenes responden a las que todavía se ejecutan ahora, y algunas cosas ahora nos chocan, pero persisten en las festividades populares y son narradas naturalmente "cuando llegaron a hacerla en la Iglesia de Santa María, delante de la imagen de Santa Ana, después de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las cuales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el siguiente romance. . ." (La Gitanilla).

Eran tales las costumbres que una de las acusaciones iniciales en contra del arzobispo Carranza fue "haber creído y afirmado que no se ha de rezar a los santos el Avemaría y el Padrenuestro", a lo que "respondió que si esto que dize el dicho fiscal es lo que su señoría escribió en el Cathecismo en el capitulo que habla de la beneración e inbocación de los sanctos, que parezca aquello y que por allí se verá lo que es" (Tellechea I, 240, 248, 256).

Una deliciosa descripción del uso tan arraigado de poner velas ante las imágenes se lee en "Rinconete y Cortadillo": "A eso dijo la vieja que había rezado ante la imagen: —Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vahido de cabeza, dos días ha, que me trae loca; y más, que antes que sea medio día tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las Aguas y al santo Crucifijo de San Agustín, que no le dejaría de hacer si nevase y ventiscase. . . Y añadió: Mirad, niñas, si tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción, porque con la prisa y gana que tenía de venir. . ., se me olvidó en casa la escarcela".

—"Yo sí tengo, señor Pipota. . . —respondió la Gananciosa— tome: ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel; y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados. Quisiera que pusiera otra a la señora Santa Lucía, que por lo de los ojos, también le tengo devoción, pero no tengo trocado; mas otro día habrá donde se cumpla con todos".

—Muy bien harás, hija; y mira no seas miserable; que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar a que las pongan los herederos o albaceas.

—Bien dice la madre Pipota —dijo la Escalanta. Y echando mano a la bolsa le dio otro cuarto y le encargó que pusiese otras dos candelicas a los santos que a ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con todo esto, se fue la Pipota, diciéndoles:

—Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo: que vendrá la vejez, y lloraréis en ella los ratos que perdistéis en la mocedad, como yo los lloro; y encomendadme a Dios en vuestras oraciones, que yo voy a hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque El nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia”.

Las reflexiones finales de Rinconete interpretan las modalidades de esas devociones: “. . . y sobre todo le admiraba la seguridad que tenían y la confianza de irse al cielo con no faltar a sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios, y de ofensas a Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada guardada en su casa y se iba a poner las candelillas de ceras a las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida”.

“El gran desarrollo que (las hermandades) lograron en la XVI y XVIII centurias no fue más que una resultancia lógica del intenso y creciente culto de los santos. . .” (Pfundl 147-9).

Unido al culto a los santos estaban también las **reliquias**; el Epítome cuenta que el embajador (padre del conde-duque) “trajo a Española la mayor cantidad de santas reliquias que hay juntas en ninguna parte” (Marañón 15; cfr. Huizinga 251; Lortz I 121-3, 142-3).

“Las **romerías** eran peregrinaciones colectivas a algún santuario, situado en las afueras de la ciudad o aldea. Una parte del día se dedicaba a solemnizar devotamente la festividad litúrgica y la otra a esparcimientos y diversiones profanas. Allí se compraba el vino al pormenor; abundaban las tiendas de variados objetos; había prestidigitadores, osos domesticados y vaticinadores; no faltaban la música, la danza y los juegos al aire libre; y no eran infrecuentes las riñas, los casos de muerte y mucho menos el quebrantamiento de las leyes morales y del código de las buenas costumbres” (Pfundl 242; cfr. Lortz I 117-8, 124-5). Los testimonios de ir en peregrinación a los santuarios son numerosos así a Guadalupe (“La ilustre fregona”), a Monserrat y Santiago de Galicia (“Las dos doncellas”), a Loreto y Santiago Estebanillo González: “Llegamos a la ciudad de Santiago. . . Ajustámonos nuestras conciencias, que bien anchas las habíamos traído; y cumpliendo con las obligaciones de ser cristianos y de ir a visitar aquella santa casa, quedamos tan justificados, que por no usar de nuestras mercancías andábamos lacios y desmayados”, capítulos I y IV.

El italiano Pigafetta que acompañó a Sebastián Elcano en el primer “Viaje alrededor del mundo” anota el 10 de enero de 1522: “Mientras navegábamos por estas islas sufrimos una tempestad que puso en peligro nuestras vidas e hicimos el voto de ir en peregrinación a Nuestra Señora de la Guía si nos salváramos”, lo que cumplen en Sevilla el martes 9 de setiembre del mismo año: “. . . saltamos todos a tierra, en camisa y descalzos, con un cirio en la

mano y fuimos a la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria y a la de Santa María de la Antigua, como lo habíamos prometido en momentos de angustia". En otra oportunidad "sufrimos una barrasca, durante la cual recogimos velas y rogamus a Dios que nos salvase. Vimos entonces en el trazo de los mástiles a nuestros tres santos, que dispararon la escudidad durante más de dos horas: San Telmo en el palo mayor, San Nicolás en el de mesana y Santa Clara en el trinquete. En reconocimiento de la gracia que nos concedieron, prometimos a cada uno un esclavo, y les hicimos ofrendas" (26 octubre 1521).

En esta mezcla de sentimientos religiosos, favorosos en Píndiffa (el 25 de marzo de 1521 se cae al mar y logra salvarse porque se agarró a una cuerda "lo que sin duda, no hay que atribuir a mis merecimientos, sino a la misericordiosa protección de la Santísima Virgen"), burlones en Estebanillo, hay que colocar "las deseadas visperas de fiesta" o noches de verbena, que eran las que procedían a las festividades profanas o religiosas. . . Existe la costumbre en las visperas de Navidad y Resurrección, de que mujeres y hombres mezclados y en tumulto anden vagando por las calles y callejuelas, vayan de iglesia en iglesia, y en ellas alboroten ruidosamente con carcajadas, gritos y tumultos, hasta el extremo de que es casi imposible oírse a sí mismo; y no hay que decir nada de lo que allí sucede en otro orden de cosas que se roza con la decencia y la moral" (Pfandl 243-4). "Las festividades más santas, la misma Nochebuena, se pasan en medio de la mayor licencia, jugando a las cartas, maldiciendo y sosteniendo conversaciones impúdicas. Si se exhorta al pueblo, este apela a que los grandes señores, los curas y los prelados hacen lo mismo impunemente. En las velas de los días de fiesta se baila en las iglesias mismas, al son de licenciosas canciones. . . Todo esto es atestiguado por moralistas, que acaso propendan a verlo todo demasiado negro. Los documentos confirman, sin embargo más de una vez esta lúgubre visión. El Consejo de Estrasburgo hacía repartir todos los años 1.100 litros de vino entre aquellos que pasaban la noche de san Adolfo en la catedral "velando y en oración". Un consejero se lamenta, según Dionisio Cartujano, de que la procesión anual que tiene lugar en su ciudad, con una santa reliquia, dé motivo a innúmeras inconveniencias y orgías. ¿Cómo poner término a ésto? El mismo magistrado no estaría dispuesto fácilmente a ello, pues la procesión traía ganancias a la ciudad; traía a ésta gente que habían de pernoctar, comer y beber en ella. Y todo ello había llegado a ser una costumbre" (Huizinga 248; cfr. Pfandl 155-6, 256-7).

Encontramos el origen de varios aspectos de la religiosidad popular continental en las descripciones anteriores; la carga secular que ello representa explica la raigambre que tienen ciertas costumbres tradicionales y que sea muy difícil luchar contra corriente. A esos hábitos arraigados se han entrelazado motivos indígenas que coincidían en cuanto al sentimiento religioso popular prescindiendo de la doctrina cristiana pura. Esto puede explicar tam-

bién la urgencia de evangelizar a nuestras gentes, sabiendo que es ardua tarea porque se reclaman al uso de costumbres católicas de data inmemorial.

DESVIACIONES SOBRE LA SANTA MISA

"Por desgracia, tampoco la multiplicación de las santas misas ilumina suficientemente el cuadro, ya que la concepción popular (y a ella pertenece la idea de la pastoral) vio su efecto demasiado concretamente casi en exclusiva utilidad del que oía la misa —con preferencia de su provecho temporal— y con frecuencia la entendió y usó supersticiosamente y como medio mágico. También es enérgicamente fomentada la función económica de la misa en la institución del estipendio" (Lort I 126).

"Tropezamos aquí con un terreno especialmente delicado. La cuestión del verdadero valor de los cultos regulares y amontonados se plantea de nuevo. . . La comunión una vez al año parece lo normal. Al mismo tiempo en que el número de las misas crece hasta el punto de que Carlos V se aseguraba 30.000 para el descanso de su alma, pudo ocurrir repetidas veces que un visitador encontrara las hostias consagradas comidas de gusanos o pegadas unas a otras por la humedad o mugrientas de viejas".

"Tales fenómenos religiosos de debilidad no se quedaron, por desgracia, en la práctica. Las representaciones mismas de la fe habían padecido. No en todas partes se poseía la correcta teología sobre la misa como representación del sacrificio del Señor y sobre las gracias que de ella aflúan a los fieles. Se impuso, y no sólo prácticamente, una tosca concepción de la misa como obra. . . Muchas veces se veía en la misa un poderoso medio que garantizaba mágicamente todos los posibles éxitos visibles e invisibles. Antiguas y exageradas doctrinas sobre los "frutos de la misa", es decir, sobre los efectos que resultaban del mero oír misa, se habían convertido en series demasiado estereotipadas. . ." (id. II 131-2; cfr. Huizinga 247-9).

"Todo esto se hace problemático, desde el punto de vista católico, especialmente por un hecho: se trata del mínimo papel que desempeña en todas partes el recibir la sagrada comunión. En general, pasa a segundo término la fuerza de este "opus operatum", mayor que todas las demás dentro de la economía espiritual. Generalmente sólo se recibe la comunión pascual estrictamente prescrita (y, por lo demás, forzada también mediante castigos corporales y de prisión) con la obligada y doble confesión anterior. Y, sin embargo, ya entonces hay omisiones relativamente considerables incluso de este mínimo. Las advertencias de los sínodos de no darse por satisfechos con una sola comunión se repiten invariablemente. No consiguieron, pues, nada. . . Las lamentaciones sobre el estado del copón, tan poco usado, y de las santas especies conservadas en él, confirman esta tibieza religiosa" (id. I 125-6).

Monipodio manifiesta porque tenemos costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, dicen que aprovechan a las tales ánimas por vía de naufragio... A Rinconete "dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído a Monipodio y a los demás de su compañía y bendita comunidad, y más cuando por decir "per modum suffragii", había dicho por modo de naufragio; y que "sacaban el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaba" (Rinconete y Cortadillo).

El caballero Pigafetta apunta: "Todas las mañanas se saltaba a tierra para oír misa en la iglesia de Nuestra Señora de Barrameda, y antes de partir, el capitán (Magallanes) ordenó que toda la tripulación se confesara" (agosto 1519). "El domingo de Pascua, último día de marzo (de 1521), el capitán general envió a tierra muy temprano, al capellán con varios marineros para que preparasen lo necesario para decir misa... Después de la misa comulgaron algunos de los nuestros..."

Los centenarios usos y creencias acerca de la misa todavía influyen en la mentalidad popular en forma parecida a la expuesta por testigos y estudiosos. ¡Cuántas veces a los sacerdotes se nos pide la celebración de la misa en términos parecidos! Asimismo la asistencia a misa sin recibir la santa comunión continúa en la misma forma. La implacable herencia de tales costumbres se enfrenta duramente con los intentos de renovación litúrgica del Vaticano II y con el indispensable cambio de mentalidad por la consabida y reiterada expresión: ¡siempre se ha hecho así!

DESVIACIONES SOBRE HABITOS PIADOSOS

De modo semejante a la misa existieron costumbres piadosas populares, fundadas en una sana doctrina teológica, pero muchas veces en la práctica hubo excesos o desviaciones que tomaban lo accidental por esencial, y a un cierto momento asumen el papel principal dentro de la religiosidad popular, pasando a ser el centro y esencia de ella. Los testimonios que inserto a continuación reflejan su imagen hasta los tiempos modernos, y basta una pequeña experiencia en la cura de almas para encontrar los resabios, más o menos exactos, de las costumbres piadosas del siglo de oro español.

Es notable la alocución de don Hernando de Magallanes al rey Massana, relatada por Pigafetta, a 9 de abril de 1521: "Les advirtió el capitán que no debían bautizarse solamente por el temor que pudiéramos inspirarles o por la esperanza de obtener ventajas materiales, pues su intención era no inquietar a ninguno de ellos porque prefiriese conservar la fe de sus padres; sin embargo, no disimuló que los que se hiciesen cristianos serían los preferidos y los mejor tratados". Pizarro habla en forma similar (Los Cronistas 44).

El 14 del mismo mes se bautizó el rey de Zubu: "hizo el capitán decir al rey que, entre las muchas ventajas de que iba a gozar haciéndose cristiano, tendría la de vencer más fácilmente a sus enemigos. . . El capitán aseguró al rey que a su vuelta a España. . . le haría el más poderoso monarca de aquellas islas, recompensa merecida por haber sido el primero que abrazó la religión cristiana. . . "Además el rey, que "rogó insistentemente que dejase algunos hombres con él para que le instruyesen en los misterios y deberes de la religión cristiana", y de la reina "bautizamos este día más de ochocientas personas entre hombres, mujeres y niños". En cambio Calcuchima en el Perú "no quiso ser cristiano diciendo que no sabía qué cosa fuese esa ley" (Los Cronistas 154).

El mismo Pigafetta mostró a la reina una imagen pequeña de la Virgen con el niño Jesús, que le agradó y enterneció mucho. Me la pidió para colocarla en lugar de sus ídolos, y se la di de buena gana".

El 22 de aquel mes después de la misa "inmediatamente el capitán hizo jurar al rey de Zubu que permanecería sometido y fiel al rey de España. Jurado que hubo, depositó el capitán general su espada delante de la imagen de Nuestra Señora, y dijo al rey que, después de tal juramento, debía morir antes que faltar a él, y que él mismo estaba presto a perecer mil veces antes que faltar a sus juramentos por la imagen de Nuestra Señora. . .".

El jurar ante la imagen de Nuestra Señora era corriente; don Fernando le dice a Dorotea: "ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, a quien ninguna cosa se asconde, y esta imagen de Nuestra Señora que aquí tienes" (Don Quijote, Primera parte, cap. XXVIII). Lo mismo que prestar juramentos era común, Loayza para entrar en la mansión de "El celoso extremeño" dice: ". . . Mas para que todas estén seguras de mi buen desco, determino de jurar como católico y buen varón; y así juro por la intemerata eficacia, donde más santa y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del santo Líbano monte. . .".

Las manifestaciones de Magallanes son de expresión de la mentalidad de los soldados que desean extender los reinos de su monarca. Las inconsecuencias a que llegan en la práctica son producto de la deficiente formación del bajo clero a pesar que el cardenal Cisneros había procurado "mejorar la instrucción profesional de los teólogos jóvenes, que, no pocas veces, carecían aun de los necesarios conocimientos del latín. . . ; y los hizo incapaces de contrarrestar con buen éxito el mal uso que los herejes hacían de la Sagrada Escritura" (Pfandl, Juana la loca 32-3; cfr. Lortz I 103).

Al lado de eso se reconoce que "la ilustre fregona" lo primero y principal, es devotísima de Nuestra Señora; confiesa y comulga cada mes"; que Leonisa entra "en el templo a dar las debidas gracias a Nuestro Señor de las grandes mercedes que en nuestra desgracia nos ha hecho" ("El amante libe-

un estudio más detenido podría indicar el origen de otras costumbres tradicionales.

Para el desarrollo de la pastoral contemporánea debe tenerse en cuenta la vigencia plurisecular de hábitos y mentalidades que fueron adquiridos por el influjo vivencial de personas de escasa cultura religiosa, pero que han durado más fuertemente que las sabias enseñanzas teológicas porque el pueblo hace lo que ve y no pone en práctica lo que se le predica, conforme al viejo refrán: "del dicho al hecho, hay mucho trecho". "La mente popular y la de los simplificadores de la verdad se aferra a pocas palabras, a incisos sueltos, a frases desconexas. Se tuerce el sentido, se comenta lo oído, y se hincha artificiosamente el volumen de los despropósitos. Nunca faltan sujetos interesados en recoger especies alarmistas" (Tellechea II 242). De ahí la dificultad de la predicación llamada popular por las incomprendiones de los oyentes y la desadaptación del predicador por lo que para la reevangelización, que urge en nuestro medio, es más importante el ejemplo vivido que los grandes principios desencarnados. Dada la vigencia de costumbres piadosas centenarias de escaso contenido doctrinal, es menester para renovarlas que los hechos de la vida de los agentes pastorales y de todo cristiano se fundamenten con hondura en el mensaje evangélico.

Lima, 3 de julio de 1973

JOSE DAMMERT BELLIDO

Obispo de Cajamarca